



La Misión

Takai y Maja

JUNTOS habían crecido y pasado los primeros años de su infancia allá en Abwat en donde florece el espino y en donde crecen los jugosos tallos de la cañadulce a las orillas de breves remansos.

Llamábase él Takai, y a ella llamábanla Maja.

Maja y Takai habían crecido juntos en los montes de Benguet bajo el azul puro de su cielo. Y todos los días, muy tempranito cuando aun temblaban las gotas de rocío sobre los verdes tallos de la hierba y pendían cual gruesos diamantes de las hojas, salían los dos al bosque y allí correteaban alegremente, mezclándose sus risas argentinas con el gorjeo de los pajarillos que se despertaban de su sueño para recibir con sus cánticos armoniosos a la aurora.

Profesábanse mutuamente un afecto tierno y sincero. Para ellos todo era alegría, vida, ilusión. No conocían el sufrimiento, ni tenían

el más ligero asomo del dolor. Maja y Takai eran felices.

Cierto día revistióse de fiesta el pueblecito de Abwat para celebrar la fiesta de los tambores, y a la noche todos los jóvenes bailaron el bat-bat frente a la casa de Tchamuli. En el entretanto, Takai que se hallaba junto a algunos otros jóvenes que no tomaban parte en el baile, no apartaba sus ojos de Maja, quien con mucha gracia y agilidad bailaba con una pesada manta Kulibaw al son de los palillos de cobre del kalsa.

—¡Qué bonita está Maja!—exclamó uno de los jóvenes admirando a la joven danzarina.

—¡Esa es la joven destinada para mí!—añadió otro con entusiasmo.

Takai que había escuchado con repugnancia aquellas palabras, sintió estremecerse el corazón. ¡Ya no era él el único en amar a Maja Sowaja!

Con la última nota del kalsa

cesó Maja el baile y corrió enseguida a tomar asiento junto a Takai, pero al mirarle vió que tenía el semblante alterado, y Maja guardó silencio.

Pasaron los días y al fin anunció en el pueblo que Maja, la hija de Sowaja, se casaba con Mulcino del pueblo de Basil. Aquel matrimonio que había sido arreglado por los viejos del pueblo como es costumbre en Benguet, fué sellado con la celebración de una gran fiesta en la que corrió a raudales el vino de arroz, concluyendo con la ceremonia del "Nurang", (carabao).

Al oír aquella noticia Takai corrió al bosque, y allí bajo aquellos altos pinares en donde había pasado tantas horas felices con la amiguita de su infancia, lloró como un niño.

Algún tiempo después decidió Takai abandonar aquel pueblecito que le evocaba tan tristes recuerdos, y un día sin que nadie se apercibiera, salió de la casa paterna y con paso firme y apresurado, cual si temiera desistir de su idea, atravesó las callejuelas hasta ganar el campo abierto.

¡Pobre Takai! cuanto había sufrido desde el día de la boda de Maja! No era de extrañar que abandonara el pueblo cuando había perdido a la amiga que había compartido con él sus goces y sufrimientos, y aquellas miradas compasivas que le lanzaban los del pueblo solo aumentaban su sufrimiento.

Algunos viajeros que llegaron de afuera, dijeron que habían visto a Takai en las minas de Antamok, pero nadie sabía a ciencia fija dónde se hallaba el joven. Así fueron deslizándose los días, y pasó la época de la siembra y después de la cosecha, y llegaron los días de las terribles tormentas. las montañas, precipitándose a los Descendía el agua a torrentes de ríos que amenazaban desbordarse. Y en una de aquellas noches frías y lluviosas, regresó Takai a Abwat.

La noticia de su llegada fué propalada inmediatamente por todo el pueblo, comentándose vivamente la misteriosa aparición del joven. Takai había cambiado, decían los vecinos de Abwat, Takai no era ya el mismo de antes; tenía una nueva expresión en el semblante, ¿qué le ocurría a Takai? Y el joven mostrábase en el entretanto indiferente a todos los comentarios que de él se hacían.

Cierta tarde, poco después de haber Takai regresado a la casa paterna, fueron unos cuantos varones al monte para coger leña y estando ocupados en su tarea oyeron pedir socorro. Soltaron sus cuchillos y pusieronse todos en pie. "¡Socorro! ¡Venid, que Mulcino se ahoga!" gritó una voz alla abajo. E inmediatamente corrieron al río, y allí a considerable distancia de la orilla, vieron al pobre Mulcino luchando desesperadamente contra las olas, tratando de cogerse a la punta de una

roca que sobresalía del agua. Era el joven Mulcino un diestro nadador, y confiado en sus fuerzas y habilidad, había querido atravesar a nado el río, pero las aguas estaban agitadas y no era aquella época de andar con osadías, y las piedras que la corriente arrastraba debieron de haber herido al joven.

Viendo el peligro que corría, gritáronle desde la orilla que se mantuviera sereno hasta que pudieran salvarlo. Avanzó entonces Takai, metióse en el agua y amarrándose un cabo a la cintura lanzó con ímpetu la otra punta hacia Mulcino, instándole que la cogiera, y después echóse a nado agua adentro. Pero el pobre Mulcino iba perdiendo las fuerzas. Los que se habían quedado en la orilla miraban llenos de angustia al desdichado joven y de pronto lanzaron un grito desgarrador. Mulcino se había soltado de la roca a la que estaba asido y la corriente lo arrastraba hacia la catarata....



Han pasado algunos años, y

Takai y Maja se hallan sentados en el portal de su pequeña choza en Abwat, contemplando con cariño a sus hijos que están bajo la sombra de un frondoso árbol de manga entretenidos en sus juegos infantiles. Sus inocentes travesuras les evocan los días felices de su infancia pasada bajo aquel mismo cielo, junto a aquellos mismos pinares y luego cruza por sus mentes como una negra sombra el recuerdo de los días de sufrimiento que por algún tiempo amargaron sus existencias.

—Maja, dijo dulcemente Takai a su compañera, Maja, con frecuencia me vienen a la memoria aquellas palabras bondadosas del Padre, hablándonos de la misericordia y de la bondad de Dios, quien dirige nuestras vidas. ¿Recuerdas, querida Maja, recuerdas cómo fuimos separados, y cómo después de creernos perdidos para siempre uno para el otro, nos volvió Dios a juntar? ¡Qué bueno es Dios! En aquellos tristes días de sufrimiento El se vino hasta nosotros y se nos dió a conocer. ¡Bendigámosle eternamente!

ECOS DE LA MISIÓN

EL P.H. GHIJSENS desde ANGAKI:

Expresé mis agradecimientos a las Señoras que me enviaron el importe de catorce bautismos.

También permítame hacer pre-

sente que la misión de Malaya y la de los barrios contiguos necesitan con urgencia un catequista. ¡Cuánto me entristece el que el pobre barrio de Angaki se quede sin ayuda catequista! ¡Ayúdenos!

